Del libro:Hernández, T. (2009). *Ciudad, espacio público y cultura urbana 25 conferencias de la Cátedra Permanente de Imágenes Urbanas*. Caracas, Venezuela: Gráficas Lauki.

*6. La batalla del espacio público: Ontiveros, Lozada y García Sánchez*

 El espacio público como escenario de confrontaciones políticas, sociales, ideológicas y como termómetro para medir la salud física y síquica de la ciudad y sus ciudadanos, para verificar qué hacen o dejan de hacer los gobiernos, cuáles son los niveles de convivencia entre los habitantes y cómo es la economía y las expresiones culturales de un país, es abordado en tres textos que versan sobre Caracas: “¿La calle es de to­dos? Una lectura de los espacios públicos desde la antropolo­gía”; “Las huellas urbanas de la polarización” y “¿Todos contra lo público?”, de Teresa Ontiveros, antropóloga; Mireya Lozada, sicóloga social; y Pedro García Sánchez, sociólogo; respectiva­mente.

 Teresa Ontiveros se acerca al estudio de los barrios po­pulares caraqueños resaltando la importancia que en la vida de sus habitantes tiene ese espacio público privilegiado que es la calle, entendida como un auténtico laboratorio social. Una de sus conclusiones es que en los barrios caraqueños la calle tiende a ser una extensión de la vivienda. Una especie de sustitución del “patio” que no poseen. La calle se convierte en tendedero, lugar de encuentro y visita, espacio de venta de chucherías, escenario de riñas y discusiones e, incluso, en extensión de casa que se abre a los demás a través del equipo de sonido.

 De esta manera, la separación-oposición precisa entre lo público y lo privado que en otros sectores de mayores recursos y mejor urbanizados es lo normal, adquiere en el barrio una cierta plasticidad, una flexibilización que hace que uno y otro se confunda en vínculos, lazos y nexos de otra naturaleza más solidaria y convivencial.

 Sin embargo, advierte, en el presente, como producto de la fuerte inseguridad y violencia predominantes, esa plastici­dad se ha ido reduciendo, condenando a los ciudadanos a una suerte de encapsulamiento dentro de sus hogares, convirtien­do de ese modo la calle en espacio de una gran tensión.

 Mireya Lozada se acerca al estudio de la intensa polariza­ción política que ha vivido Venezuela bajo el gobierno de Hugo XXXIII Chávez, de manera muy específica al período que va del año 2000 al 2004 cuando la sociedad, los ciudadanos y las más importantes instituciones llegaron a un máximo de movilización, confrontación e intolerancia tomando partido a favor o en contra de su proyecto político. La autora comienza reconociendo que si bien la polariza­ción ocupa una cantidad de espacios públicos y privados, es en el espacio urbano, especialmente en los espacios públicos, donde se expresa con mayor contundencia. La ciudad –dice–, sus calles, plazas, paredes, barrios y urbanizaciones han sido la superficie de inscripción privilegiada de esa batalla que ge­nera un profundo sufrimiento ético-político a todos los ciuda­danos.

 Luego de revisar los imaginarios sociales que animan a la polarización –“nosotros-ellos”, “dioses-demonios”, “gendarme necesario”, “revolución bonita”–, Lozada explica la lógica espa­cial en la que ésta se ha expresado a través de la división de los espacios de las ciudades, convirtiéndolos en territorio cha­vista o antichavista. El proceso deja profundas huellas, mate­riales y simbólicas, en el espacio urbano: apropiación privada de espacios públicos por cada uno de los bandos; ocupación e invasión de edificios públicos y privados; tomas, conquis­tas y reconquistas de lugares de la ciudad y saturación en la utilización de símbolos patrios y partidistas en los espacios públicos.

 Pedro García Sánchez, por último, presentó en su con­ferencia una visión más de conjunto de las implicaciones que en la ruptura del tejido urbano y la privatización del espacio público de Caracas han tenido la aparición de diversos fenó­menos que van desde la instalación de garitas, casetas y pea­jes en urbanizaciones del Este de la ciudad –como recursos para dotarse de la seguridad privada que la fuerza pública no garantiza–, hasta los procesos de ocupación de “territorios li­berados” por alguno de los bandos de la polarización reinante o la demarcación política de los usos de la ciudad.

 Analizando otros hechos, como los fenómenos de saqueos masivos a negocios y tiendas durante el fenómeno de insurrec­ción popular conocido como El Caracazo (1989), la ocupación temporal de la Plaza Altamira por militares insurgentes contra el gobierno de Hugo Chávez y la de los alrededores del edificio de PDVSA, la sede de la petrolera estatal (2003), en apoyo, García Sánchez identifica el paso, primero, de una semántica del miedo al magma de la inseguridad que suscita una exasperación sensible y emocional que conduce a los extremos de una paranoia social. La urbanidad privativa, expresada muy bien en el cierre de las calles de las urbanizaciones para controlar el acceso del extraño, mezclada con la demarcación política de la ciudad, conduce a una gramática de guerra que sería la lógica o el mo­delo de orden público hoy dominante en la ciudad.